

»se me ha mandado entregarle.—¿Son acaso limosnas de Misa?—No, señor; quien da la limosna sólo »se recomienda á sus oraciones.» Después de haber entregado el dinero, se retiró sin decir quién era, ni quién la había enviado.

Si hubiéramos de referir todas las señales por las que la Divina Misericordia se declaró visiblemente, durante más de veinte años, en favor del celoso sacerdote, que se despojaba de todo por amor á Nuestro Señor y á los pobres, nos haríamos interminables. A la *Providencia* de Ars siempre llegaba el dinero por algún conducto secreto, de una manera inesperada, y precisamente á la hora más crítica; es decir, cuando la necesidad era más urgente. Muchas veces halló el caritativo Vianney en su bolsillo sumas importantes, que estaba seguro de no haber puesto allí. A pesar de su humildad, se vió muchas veces obligado á confesar que en Ars todo había sido providencial, y decía con una amable sonrisa de reconocimiento: «Podemos bien decir que somos los hijos mimados de Dios. »Cuando pienso en el cuidado que ha tenido de mí; »cuando recapitulo sus bondades y sus misericordias, »el reconocimiento y la alegría del corazón fluyen »por todos mis poros. No sé ya qué va á ser de mí, ni »qué hacer para corresponder á tantos dones. Adondequiera que dirija mi vista, no descubro más que »un abismo de amor, en el que quisiera poder perderme y ahogarme. Esto lo he experimentado particularmente dos veces. Cuando me hallaba estudiando, vine un día abrumado de tristeza, y ya no »sabía qué hacer: aún me parece estar mirando el »sitio donde se me dijo, como si alguno me hablase al oído: *Tranquilízate: tú serás sacerdote algún día.*»

»Otra vez que estaba muy inquieto y lleno de tedio, oí la misma voz, que me decía distintamente: »*¿Qué te ha faltado hasta el presente?* En efecto, yo »siempre he tenido lo necesario. He notado que aquellos que cuentan con renta segura, continuamente se »están quejando, y siempre les falta alguna cosa. Por »el contrario, nada falta á los que nada tienen: es »bueno abandonarse totalmente, sin reserva y por »siempre, á la Divina Providencia. Nuestras reservas »agotan el raudal de sus misericordias, y nuestras »desconfianzas detienen sus beneficios. He pensado »muchas veces que, si saliésemos de nuestro estado »de pobreza, careceríamos de lo que más necesitamos. Vivamos, pues, tranquilamente en el seno de »esa buena Providencia, tan atenta á todas nuestras »necesidades. Dios nos ama más que el mejor de »los padres, más que la madre más tierna, y nosotros debemos someternos y abandonarnos á su voluntad con un corazón filial. Esas pobres huérfanas »no son vuestras verdaderas hijas, ni vosotras sois »sus verdaderas madres: esto no obstante, ¿por ventura han dudado de vuestra ternura y de vuestra solicitud? Creo que no: pues bien, esa es la confianza »que Dios pide de un modo especial. Cuando se encarga Él solo de nuestros intereses, se interesan á »la vez su justicia y su bondad en ayudarnos y socorrernos.»

En los momentos más críticos, cuando la esperanza de las directoras vacilaba, sabía combatir su desaliento y reanimar su valor con esas ú otras palabras parecidas. Nada les recomendaba tanto el celoso Pastor como el arrojarse confiadamente en el seno de la Providencia, y sepultar en él sus cuidados y temores;

inquietándose únicamente por la falta de amor á Dios y por el cumplimiento poco exacto de sus obligaciones. Aparte de esto, las buenas y caritativas hermanas se consagraban con santo gozo á la instrucción de sus discípulas. Además, al entrar en la *Providencia* y tomar posesión de su casa, no entraron solas, pues habían llevado con ellas á Nuestro Señor, el cual ha prometido que «cuando dos ó tres personas se reunan en su nombre, Él estaría en medio de ellas.»

El fin del bienaventurado Juan B. Vianney al fundar su Instituto de la *Providencia*, era abrir un asilo á los huérfanos desvalidos, privados de recursos y medios de educación; y si en él había preferencias, eran únicamente para los más desheredados. Así es que se acogía con señalada predilección á las jóvenes de quince, dieciocho y hasta veinte años, que habían pasado su vida en la vagancia, ó en el servicio de personas poco cuidadosas de su alma y de su virtud; siendo muy notable que esta preferencia fué justificada por felicísimos resultados. Se ha observado, dice Catalina, que los frutos más preciosos de conversión y perseverancia han sido recogidos entre las pobres jóvenes que habían pasado ya la tierna edad de la niñez. Tan pronto como oían al señor Párroco en su Catecismo, se creían como transportadas á otro nuevo mundo: casi todas, sin decirseles nada, pedían la gracia de hacer confesión general, lloraban sus pecados con lágrimas sinceras, y se hacían verdaderas cristianas.

También se recibían niñas de seis á siete años, y jamás se las despedía antes de la primera Comunión. Cuando habían pasado en ese noviciado un período

más ó menos largo, según las necesidades de su inteligencia y de su alma, se las buscaba una colocación. La mayor parte eran destinadas al servicio de personas conocidas por su honradez y moralidad. Las más jóvenes sólo iban á servir en el verano; en el invierno volvían á la *Providencia* para descansar, acabar su educación, fortalecerse contra los peligros del mundo, y limpiarse de las manchas que pudieran haber afeado su conciencia. Por último, hacia la edad de diecinueve años, de ordinario, volvían definitivamente al servicio doméstico, destinándolas á casas verdaderamente cristianas, y siendo muchas veces pedidas por los que tenían necesidad de criados. De cuando en cuando se concedía á esas jóvenes el permiso de venir á ver á su bienhechor, y ese día era para ellas, tanto como para él, una verdadera fiesta. Las exhortaba, las animaba y despedía contentas y resueltas á ser de Dios, y á servirle con mayor amor y fidelidad.

Si algunas manifestaban el deseo de consagrarse al Señor, el celoso Párroco les elegía la Congregación adonde las creía llamadas para santificarse; las sufragaba de su bolsillo particular, ó de los fondos de la *Providencia*, el correspondiente dote, su ajuar, los gastos de camino, entrada en la Congregación, y noviciado. A las que estaban llamadas al matrimonio, procuraba colocarlas con una familia cristiana, y siempre era para ellas un verdadero padre. Así conseguía fundar familias que educaban á sus hijos en el santo temor de Dios y en el aprecio de la santa pobreza, que se les había enseñado á amar y practicar.

En otro sitio, la mezcla heterogénea de niñas procedentes de todas partes, de pensionistas y exter-

nas, de grandes y pequeñas, hubiera ofrecido muchos peligros, pues es difícil unir tantos elementos diversos sin malearse; mas en la *Providencia* no había dificultad ni complicación alguna: la virtud ingeniosa que había formado á las maestras se imponía suavemente á las discípulas. No se practicaba el método adoptado en nuestras escuelas públicas y en nuestras instituciones caritativas; era una cosa mucho más sencilla, que se parecía al interior de una familia pobre, pero profundamente cristiana, donde todo se arregla por la fe; donde todo lo penetra y domina la presencia de Dios; donde los pensamientos del orden sobrenatural no se limitan al principio y fin del día, y á los estrechos límites de una oración de algunos instantes, sino que forman el fundamento ó punto cardinal alrededor del cual gira todo.

La instrucción que allí se daba, sin dejar de ser elemental, era sólida; las niñas sabían bien lo que se les enseñaba, que era leer, escribir, coser y hacer media, según la aptitud y la necesidad probable de su porvenir. Prescindiendo de las cosas que no les eran necesarias, nada debían ignorar de lo que pudieran preparar su felicidad futura y la prosperidad de las casas que tendrían que dirigir más tarde; inspirando, sobre todo, pensamientos religiosos á su inteligencia, y sanas emociones á su corazón.

En general, el lado exterior y puramente reglamentario, considerado tan importante en nuestra época, se observó muy poco. La *Providencia* tuvo sus caminos, que se diferencian bastante de los métodos oficiales. Allí no había uniformidad, pues las jóvenes continuaban en el traje que habían traído á la casa; no había nada de ostentación, y el pen-

samiento de lo *único necesario* se hacía más sensible por el desprecio de lo vano y lo superfluo, y por la ignorancia absoluta de la vida cómoda. Se comía pan moreno, se dormía en cama dura; todo se hacía sencilla y pobremente, sin la menor apariencia de elegancia ni afectación, tan distante del espíritu del mundo y tan conforme al espíritu de santa pobreza: el Seráfico Padre San Francisco, que había elegido por esposa á esta rica virtud con todo su atavío, no se hubiera avergonzado de reconocer á la *Providencia* de Ars como hija muy amada.

Ya se deja conocer que la virtud favorita del santo Párroco estaba fielmente retratada en toda su obra. No es posible formar idea hasta qué punto, así las maestras como las discípulas, practicaban el desprendimiento de los bienes de la tierra y la confianza en la Omnipotencia Divina; no se quería más protector que á Dios, ni se tenía necesidad de otro amigo; pues se sabía el medio de excitar su misericordia, y de obligarle á venir en auxilio de las obras emprendidas por su amor. Tan ilimitada, ciega é infantil era esa confianza en Dios, que le inspiraba todo, y era el alma de todo. Una respuesta de las directoras hará ver lo que acabamos de afirmar, mejor que cuanto pudiéramos añadir. Preguntadas por una persona recomendable y amiga de la Obra sobre el número de las huérfanas, respondieron con sincera candidez, que *No lo sabían*. «¡Cómo! ¿Es posible que no sepáis eso?—No lo sabemos, en verdad; »lo sabe Dios, y eso nos basta.» Grande admiración causó á la interlocutora que se llevase tan lejos el desprecio de la estadística, y creyendo que eso no podía hacerse sin graves inconvenientes, volvió á

preguntar: «Y si se escapase alguna de vuestras pensionistas, ¿cómo lo vais á conocer?—¡Oh, bien lo conoceríamos al instante! Nos ocupamos demasiado de ellas para que no echásemos de menos en seguida á cualquiera que faltase.»

Las desgraciadas criaturas que habían sido adoptadas, y á quienes se instruía con tanta caridad, no resistían á las saludables influencias de cuanto las rodeaba. La luz penetraba en su corazón con el amor, y la caridad que con ellas se practicaba las hacía conocer y amar á Jesucristo. Esas pobres almas, envueltas en toda clase de ignorancias y de vicios, aun antes de haber conocido la vida, aprendían á gustar, amar y bendecir al dulce Salvador que había tenido piedad de ellas, y las había llevado á un establecimiento en el cual hallaban, en medio de su desamparo, Madres tan buenas y cariñosas.

Los domingos y jueves estaban consagrados á la obra de la Adoración reparadora: en esos días las acogidas permanecían alternativamente una hora en presencia del Santísimo Sacramento, para hacer actos de reparación ó desagravio á Nuestro Señor. Cuando se tenía noticia de algún escándalo, dondequiera que fuese, las jóvenes mayores, que eran las más fervorosas, pedían á sus maestras las dejaran pasar la noche en oración, relevándose de hora en hora, para que no hubiese interrupción en la adoración nocturna. Además de eso, practicaban la mortificación de los sentidos como hubieran podido hacerlo unas buenas religiosas en el convento más observante.

Se han visto morir algunas de esas pobres jóvenes con admirables disposiciones, regocijándose de

dejar este destierro para ir á gozar del cielo; su último suspiro era un cántico de alegría y de triunfo. Una de ellas, que temía mucho la muerte antes de su enfermedad, dijo á su maestra la víspera del fallecimiento: «Mucho sufro en mi cuerpo, pero ¡cuán llena de gozo está mi alma! ¡Nunca hubiera creído que fuese tan dulce morir! ¡Oh cuánta felicidad hay en la Religión!» Cantó, é hizo que le acompañasen á cantar sus compañeras, hasta el momento en que expiró. La fundadora, Benita Larvet, tuvo también muerte ejemplarísima; su vida fué de santa, y murió como había vivido. Una de sus hermanas vino á visitarla en los últimos momentos, y al verla en tal estado, comenzó á llorar. «No te desconsueles, le dijo la moribunda: ¿querías, acaso, que quedase aún en este mundo? Yo, hermana mía, no puedo vivir «en él; me es imposible acostumbrarme á su vida.» Cuando tuvo la certeza de que su enfermedad era mortal, lo que quiso saber del mismo médico, exclamó llena de alegría: «¡Oh qué dicha! ¡Voy á ver al buen Dios!» Algunos días después se cumplieron sus deseos, y, luego de haber glorificado á Jesucristo en el servicio de la humanidad ignorante y pobre, le hallaba, por fin, como recompensa y premio de sus trabajos, en esa muerte que tan ardientemente había deseado.

Con el establecimiento de la *Providencia* están íntimamente relacionados los Catecismos que por espacio de más de treinta años han sido la admiración y encanto del pueblo, y una de las causas de la nombradía del Párroco de Ars. La idea del Catecismo vino á su mente, por creerle una necesidad para la instrucción de sus huerfanitas. Comenzó á alimentar

á los pobres niños de la *Providencia* con el pan de su palabra antes que viniesen á aprovecharse de ella los peregrinos de Francia y Alemania, de Bélgica é Inglaterra.

A la hora del *Angelus*, después de comer la Comunidad, cuando la única pieza, que servía de obrador, de sala de estudio y de refectorio, había sido barrida y aseada, llegaba el santo Párroco, se sentaba al extremo de una mesa, y, colocándose alrededor de él su diminuto auditorio, le hablaba por espacio de una hora.

El principal objeto de esa predicación familiar, además de la enseñanza de las primeras verdades de la fe, era inspirar á la niñas un vivo horror al vicio, y un santo temor de los juicios de Dios. El austero catequista se ocupaba con bastante frecuencia de los demonios, á quienes atribuía, como todos los Doctores de la Iglesia, una parte de los males que afligen al mundo. No temía tomar de las antiguas leyendas las historias más terribles; de modo que, en sus instrucciones, muchas veces hacía estremecer á su joven auditorio.

Diariamente venían á aumentar el número de sus habituales oyentes, que eran los acogidos, otros muchos forasteros. Todos escuchaban su palabra con religiosa atención, con mucho gusto y con conocido provecho para sus almas. Era un género de elocuencia especial que cautivaba los espíritus y se apoderaba inmediatamente de los corazones. Era el Evangelio con sus parábolas, sus comparaciones, y con ese carácter único y admirable, que á la vez se presta á la contemplación de las más altas inteligencias, y á la adoración de las almas más sencillas. Ya entonces

era muy difícil expresar las ideas que el Párroco de Ars predicaba, porque eran tan santas y de un orden tan elevado, que distaban mucho de la predicación ordinaria. De sus familiares instrucciones se salía con el espíritu lleno y el corazón enternecido; y los que una vez asistían, prometían volver al día siguiente para gustar más y más un alimento tan celestial.

